EL SENTIDO DEL TACTO

Ole Luk-Oie, 1912

Sí, comprendo que te pueda parecer ridículo. Pero en conjunto se impuso la faceta desagradable y eso lo convirtió en una experiencia horrible. Sea como fuere, no quiero volver a pasar por algo así. Con una vez es suficiente. Vamos, que difícilmente he podido dormir desde entonces a causa de las pesadillas. Te lo contaré, dado que insistes; pero tendré que hacerlo a mi manera, recordándolo todo poco a poco, tal como sucedió, y deberás atender a todo tipo de detalles anodinos dado que no me encuentro en condiciones de armar una historia con ello. No obstante habrá de resultarte ventajoso, pues tanto mejor podrás apreciar cuál era mi estado mental en aquel momento —de qué manera me atrajo el asunto— y no juzgarlo según la impresión que te cause sentado en el club al aire libre, sintiéndote a salvo a plena luz del día.

Te doy mi palabra de que no sé qué fue lo que me hizo entrar allí. Nunca he sido aficionado a las proyecciones de cinema. Las primeras a las que asistí me dejaron sin respiración. El zangoloteo de las imágenes desorbitaba mis ojos hasta asimilarlos a los de un cangrejo, y la atmósfera enlatada me producía dolor de cabeza. Estaba dando un paseo, bastante harto de todo y más que hastiado, y sucedió que me detuve al pasar por delante de la puerta. Parecía la típica exhibición de cinema —el pórtico esmaltado en marfil y un resplandor neurálgico de focos de arco que emitían un amarillo intenso encima, y debajo, en lámparas de incandescencia coloreadas, las palabras “Montañas de diversión”.

¡Diversión! ¡Dios mío!

Un tipo enorme y demasiado uniformado que hacía de gancho, con sucios guantes blancos y un bastón, caminaba atrás y adelante voceando invitaciones para ver la “sesión continua” y ahuyentando alternativamente a los grupos de muchachos de ojos anhelantes cuyo aspecto exterior no sugería que pudiesen pagar el precio de la entrada. Había afiches de muchos colores en cada palmo disponible de pared —escenas sensacionales entre las que predominaban las de vaqueros, revólveres y muertes diversas—, y pegadas sobre ellos, al través, tiras de papel en las que podía leerse la leyenda: “VIDA – REPRO Novedad Esta Noche”.

Confieso que, viejo como ya soy, fue esa expresión la que me atrapó —“VIDA–REPRO”. Y por más que sonara a un nuevo abrillantador de metales o a pomada para la “hinchazón de las piernas”, desprendía el auténtico aroma del espectáculo. Pregunté al portero por su significado. Ni que decir tiene que lo ignoraba —¡pobre diablo!— y no hacía más que repetir su letanía: “Espléndida novedad. Está proyectándose ya. No tiene que esperar. Sesión continua. Entre”.

Sentí curiosidad; estaba empezando a llover y decidí malgastar media hora.

Apenas el disco de metal —que me fue arrojado a cambio de seis peniques— hubo golpeado en el mostrador de zinc de la ventanilla, el sinvergüenza del uniforme me endosó un folleto y podría decir que casi me empujó a través de la cortina que velaba la entrada. De repente me encontré en una habitación oscura cuya penumbra solo se veía acentuada por las imágenes temblorosas que se sucedían sobre una pantalla situada a quince metros de distancia. El cambio de luz respecto del exterior me confundía y la atmósfera me afligía, y cuando oí el portazo y vi cómo la cortina recuperaba su posición original me entraron ganas de darme la vuelta e irme. Sin embargo, mientras dudaba sin atreverme a hacer un movimiento hasta que mis ojos se aclimatasen, alguien dirigió el haz de luz de una linterna eléctrica hacia mis ojos, echó mano a mi entrada y graznó "todo recto, por favor" antes de apagarla.

Interesante, ¿no? Yo no veía nada. Ya sabes que no soy muy susceptible por regla general, pero estaba un poco molesto, y buena parte de mi hastío se había volatilizado. Bajé a tientas por lo que parecía un pasillo inclinado, sumido en la oscuridad total dado que en ese momento no había imágenes en la pantalla, y al punto tropecé con un escalón. Un escalón, créeme, en el centro de un pasillo, ¡en un lugar de entretenimiento que está habitualmente oscuro! Naturalmente estiré las manos para evitar la caída y me agarré a lo que pude. Hubo un grito, y al comenzar nuevamente la película descubrí que tenía sujeta a una mujer por el pelo. Todo esto me produjo una conmoción y comencé a sudar copiosamente —seguro que recuerdas que aún me encontraba débil tras mi enfermedad. Estaba disculpándome cuando el mismo idiota de la linterna, o quizás otro, dirigió la luz hacia mi chaleco y me dijo "cuidado con el escalón". Me temo que le dije, de hombre a hombre, lo que pensaba de él y de todo aquel espantoso espectáculo. Ahora sí que estaba realmente enojado y así se lo hice notar. No tenía idea de que hubiera tanta gente en la sala hasta que oí por todas partes los gritos de "¡'Ssshh!" "¡Échenlo!"

Cuando finalmente fui conducido a una butaca plegable —que casi ni veía, dicho sea de paso, en la oscuridad— descubrí el motivo por el que la audiencia se mostraba tan impaciente. El estrépito ocasionado por mis palabras había interrumpido el momento decisivo de una escena conmovedora. Con el sonido de fondo de una melodía suave y triste, preñada de notas negras, la niña de la parálisis incurable estaba recobrando la salud al ver cómo las prímulas que le había regalado el bondadoso chamarilero crecían formidablemente rápido. Del mismo modo en que el aburrimiento había sido desterrado por razón de mi *entrée*, retornó entre tanto padecía la prolongada convalecencia de "La Pequeña Emmeline". Tan pronto como el angustioso filme terminó y las luces fueron dadas, me arriesgué y miré a mi alrededor.

La sala era en buena medida el tipo habitual de lugar —puede que algo más pequeña que la mayoría— largo y estrecho, con un suelo que descendía desde la parte trasera. Delante de la pantalla, que era enorme, había un foso cerrado que contenía palmeras artificiales y hortensias de hojalata, un piano y un armonio, y en la pared de la derecha una pequeña puerta con el rótulo "Privado". En la pared de la izquierda, junto al proscenio, había una salida. La otra forma posible de salir, por

lo que pude ver, era la puerta por la que había entrado. Ambas estaban señaladas por indicadores luminosos de cristal, y sobre las paredes había avisos de “No fumar”, “La dirección se complace en agradecer a las señoras que han tenido la amabilidad de quitarse el sombrero”, y carteles de anuncios —en su mayor parte de chocolate. Los adornos eran demasiado estridentes para que el lugar fuese lo que se dice casero, pero era inequívocamente común y corriente, en contraste con el caos en que se convirtió más adelante.

¡Sí! Es probable que ya lo sepas todo acerca de las salas de exhibición, pero aun así tengo que darte las razones que atrajeron mi atención. No estoy contándote una historia. Solo intento proporcionarte una explicación precisa de lo que ocurrió. Es la única forma en que puedo hacerlo.

La ventilación era execrable, a pesar de la pareja de extractores zumbando por encima de las cabezas, y el aire flotaba estancado y denso con vestigios de aroma rancio, en tanto que de vez en cuando me alcanzaban ráfagas de menta, anís y eucalipto procedentes de las butacas de delante. Puede que el humo del tabaco aumentase la espesura del ambiente, conformando un manto de bienvenida a algunos de los otros olores. El local estaba bastante lleno, consistiendo la audiencia en gran medida en mujeres y niños de las clases más pobres —incluso bebés en brazos—, justo el tipo de muchedumbre inocente a la que siempre le suceden las cosas más horribles.

Cuando vine a darme cuenta, las luces se habían apagado y disfrutábamos de una escena de guerra que consiguió transformar mi aburrimiento en depresión absoluta. Tengo el deber de describírtela, ya que tú eres de esos que sostienen que en el fondo somos una nación militar. ¡Por Júpiter que lo somos! Hasta los acomodadores de esta casa de poca monta vestían de uniforme. Y lo prueba el aplauso con que fue recibido ese amasijo de inviabilidad castrense y sentimentalismo inapropiado que nos fue presentado. La historia se llamaba “Solamente un joven corneta”. La primera escena representaba un pequeño destacamento de soldados británicos “En el Frente”, en “Servicio Activo”, en un país salvaje. Llegaban noticias del “enemigo”. Era esta la ocasión propicia para una perfecta orgía de vociferaciones, gesticulaciones y saludos. ¡Cómo se saludaban entre ellos, normalmente con la mano equivocada y la cabeza descubierta, y a qué velocidad! Los actores estaban tan interesados en transmitir la atmósfera militar que los oficiales, la mitad de las veces, contestaban a un saludo antes que este se produjese.

Luego de muchas consultas, ejercicios de respiración profunda y poner ojitos, el conejo peludo que estaba al mando adoptó una postura de “defensa hasta la muerte” tan obviamente inapropiada y suicida que tendría que haber sido neutralizada de inmediato por su torpe brigada de superhéroes. ¡Pero no! En sorprendente actitud aguardaron a ser atacados por la feroz horda en inmensa e innecesaria desventaja. Entonces, en medio del ruido y el humo, el comandante intentó resarcir a sus desdichados hombres de la situación desesperada a la que los había conducido, blandiendo su espada y exponiéndose a las balas del enemigo. Digo “resarcir” porque la única oportunidad con que el destacamento contaba consistía en que el comandante fuese abatido, y abatido rápidamente.

Pues bien, pasado algún tiempo y al cabo de muchas bajas, se le ocurrió que sería oportuno hacer algo que tendría que haber hecho desde el principio, y fue así que decidió informar del apuro a la fuerza aliada más cercana. Naturalmente, el pequeño corneta de la cara limpia y el pelo bien cepillado fue el elegido para esta arriesgada misión, que incluso un hombre maduro habría tenido escasas posibilidades de llevar a cabo exitosamente, y después de estrechar la mano a todos, a campo abierto, el pequeño héroe partió con su mensaje escrito.

Lo que siguió fue una prolongada pesadilla de arrastrarse por un desierto cuajado de arbustos.

El corneta andaba al acecho del feroz enemigo y efectuó varios disparos con su revólver. El feroz enemigo andaba al acecho del corneta y llegó a herirlo en ambos brazos y una pierna. Finalmente, luego de retorcerse en una evidente y prolongada agonía durante millas, el corneta dio alcance a la fuerza aliada más cercana, se dirigió tambaleándose hacia el comandante de la misma, le confió la misiva y se desvaneció en sus brazos. Ocasión para más saludos, respiraciones profundas y gesticulaciones, al par que mucho interés por mirar a través de los prismáticos —pese a que, si la guarnición asediada estuviese a la vista, ¡el sonido del tiroteo se habría oído mucho antes! Entonces sonó un toque de trompeta en el armonio y salieron corriendo los refuerzos de hombres armados.

Mientras tanto tuvimos oportunidad de ver lo mal que habían ido las cosas con la fiel guarnición acorralada. Fue con su último aliento y al cabo de la última munición cuando llegaron los refuerzos. Con la agitación de los cascos y los vítores de los defensores, los dos primeros hombres de la fuerza de relevo se lanzaron sobre la improvisada empalizada. ¿Sabes lo que eran? Yo lo supe mucho antes de que apareciesen. No es necesario especificar a qué rama de los Servicios de Su Majestad pertenecían. El malherido pero milagrosamente vigoroso corneta se tomó con calma llegar el tercero a la empalizada. En apariencia estaba lo suficientemente recuperado como para cabalgar todo el camino de vuelta con los rescatadores —y acabar desmayándose nuevamente, esta vez en brazos del propio oficial al mando. ¡Telón! “Todos aman a Jack”, una imitación de gaitas en el armonio y “Rule Britannia”, interpretadas por la orquesta mixta. Como digo, este esfuerzo de realismo fue recibido con un fuerte aplauso, incluso por los hombres presentes.

Tan pronto como volvió la luz eché un vistazo a mis vecinos. Los asientos que había a cada lado del mío estaban vacíos, y en la fila de delante, como un par de asientos a mi derecha, había un ocupante. Era un muchacho joven, de ese tipo que abunda en nuestras grandes ciudades —uno de los productos de un industrialismo excesivo. Era cargado de espaldas y de complexión estrecha, y su delgada y pálida cara sugería que había desarrollado un trabajo duro en entornos insalubres y llevado una alimentación poco saludable. Su expresión era precoz, pero la boca flácida daba cuenta de que su propietario era demasiado poco inteligente para ser algo más que un vicioso débil y fracasado. Llevaba una gorra de marinero volcada hacia la parte de atrás de la cabeza en la que ostentaba una golondrina o un águila de felpa —o puede que otro pájaro— de ese azul virulento

pero no comprometido que ni es Oxford ni es Cambridge.[1] Era la semana en que se celebraba la Regata. Él había salido a divertirse —¡pobre diablo!— y, tal se desprendía de sus comentarios fortuitos, todos ellos de naturaleza cuasi-deportiva, deduje que lo estaba consiguiendo. Sentí pena y me compadecí de él al verlo completamente absorbido por esas extrañas escenas que se sucedían ante sus ojos —escenas de emoción y aventura muy alejadas del monótono recorrido de su vida miserable. Cuánto mejor una hora de esa distracción inocente que todo el tiempo y dinero malgastado en borracheras, ¿no?

Bueno, ni yo mismo sé a qué clase de tugurios me refiero. En cualquier caso, es lo que pienso. Después de todo se trataba de un tipo inofensivo, y su poco sofisticada manera de disfrutar me producía envidia. Me interesé por él —pensé en darle uno o dos chelines cuando saliese. Quiero que entiendas que solamente tenía buenos sentimientos hacia el muchacho. Él intervendrá más adelante —no fue tan desastroso después de todo.

Luego vino una de esas interminables escenas de persecución en las que un jinete cabalga hacia ti sobre interminables llanuras y bajo la perspectiva de amplias vistas del bosque, perseguido a una distancia prudencial por otros jinetes que siguen su rastro preciso hasta el punto de evitar los mismos tocones, todos ellos montando una raza de caballo capaz de recorrer setenta y dos kilómetros en una hora a campo traviesa y ochenta por la ardua carretera. He olvidado el motivo de la persecución y cómo acaba, pero recuerdo que se empleaban revólveres.

La siguiente era una película francesa del tipo bola de nieve. Un hombre corre por una calle. Al instante le persiguen dos policías, uno alto y delgado y el otro gordo y patizambo con una barriga obviamente falsa. El número de perseguidores crece muy rápidamente hasta conformar una muchedumbre variopinta de cincuenta o más, incluyendo cuidadoras con niños en cochecitos. Doblan muchas esquinas, y al doblar cada una de ellas resulta que hay un obstáculo cuidadosamente preparado con el que tropiezan en tropel. Recuerdo que el hollín y la cal desempeñaban un papel importante, y también que las ruedas de los vehículos giraban al revés.

Tal vez se debió a la interrupción de la luz. El caso es que fue muy fastidioso. Tuvimos una breve experiencia sobrenatural. Me temo que no fui consciente de lo que aconteció, de modo que te ahorraré una descripción. Durante diez minutos estuve completamente absorto con los esfuerzos de la desdichada pianista por interpretar el *tremolo*. Creo que era la melodía fantasma de "Los Hermanos Corsos"[2] con lo que ella estaba forcejeando, y el armonio no ayudaba en absoluto. La ejecución era cada vez más lenta y más *staccato* conforme sus manos iban

---

[1] En la popular competición de remo que enfrenta cada año, desde 1856, a las universidades de Oxford y Cambridge, la primera corre con azul oscuro y la segunda con azul claro. Para curiosidad del lector, el año en que se publicó este relato ganó Oxford

[2] La melodía fantasma ("ghost melody") era un tipo de música melodramática del siglo XIX que acompañaba a las representaciones teatrales, primero, y a las proyecciones cinematográficas más tarde, y contribuía notablemente al impacto de los efectos escénicos sobre el espectador. Su nombre alude al uso que de ella se hacía para anunciar la presencia sobrenatural de un difunto en el desarrollo de la trama. Aparece por vez primera en la producción francesa "Los hermanos corsos" (1850), una adaptación de la novela homónima de Alejandro Dumas publicada en 1844

cansándose, y al final estoy seguro de que ella golpeaba las notas con sus dedos doloridos y rígidos. ¡Pobre chica! ¡Vaya vida!

Fue entonces cuando, por lo que recuerdo, una señora entró y se sentó delante de mí. Era una mujer pequeña y llevaba un sombrero microscópico formado por dos cordones y una especie de bollo de crepé. La expresión de su cara era la más perfecta cristalización del mal humor que yo haya visto nunca, y su pelo se retorcía en una apretada protuberancia con el tamaño y la forma aproximados de una gran concha de caracol. Era evidente que no era de buena posición —probablemente una asistenta. Eché un vistazo a sus guantes cuando se desató los cordones del sombrero, y las yemas de sus dedos eran como los capullos partidos de una fucsia negra a punto de florecer. Poco después de que ella se hubiera sentado, mi amigo el del favor de la Regata[3] se sintió hambriento de repente, cascó una nuez con los dientes, escupió la cáscara ruidosamente y se comió la almendra con indisimulado entusiasmo. La señora se envolvió en su manto y sorbió por la nariz. No me sorprendió. El gañán continuó cascando nueces, escupiendo cáscaras y masticando hasta que agotó toda la simpatía que sentía hacia él, hasta que empecé a detestar su rostro enfermizo y deseé que algo acabase con él. Había llegado al límite de lo que podía soportar, y me habría ido de no ser porque las palabras "LIFE–REPRO" que aparecían en el folleto habían llamado poderosamente mi atención. Aquello no podía tardar en llegar, por lo que decidí esperar. Después de una o dos películas más de naturaleza banal hubo un descanso especial —titulado "Intermedio" en la pantalla— y ningún signo de que se avecinase el evento principal del espectáculo.

Dos de los jóvenes habían intercambiado sus linternas eléctricas por bandejas y recorrían los pasillos al grito de "Chocolate —chocolate con leche". Un tercero sacó una gran jeringa de jardín y pulverizó un fino aerosol por el aire. Este se quedó flotando en una nube e hizo que la habitación oliese como una fábrica de jabón. Cuando sonó la campana el telón no estaba descorrido ni las luces apagadas. Un hombre traspasó la puerta y se encaramó al estrecho saliente situado delante de la pantalla, que hacía las veces de escenario o estrado, y para mi indignación se preparó para pronunciar un discurso ante la audiencia. Era un tipo corpulento cuya evidente solidez se veía incrementada por el corte del abrigo. Su mentón cuadrado contribuía a esa sensación de poder transmitida por su figura, en tanto que los binoculares con montura de oro le daban un aire de seriedad y sabiduría. Al instante lo encasillé como un charlatán y tuve claro el tipo de labia empresarial que cabía esperar de él. No perdió mucho tiempo antes de ponerse manos a la obra. Luego de echar un vistazo pausado por toda la habitación fulminó a mi amigo con la mirada hasta que este dejó de comer, y fue entonces que se aclaró la garganta y arrancó.

---

[3] Hasta que estalló la Segunda Guerra Mundial, las chicas de toda Inglaterra fabricaban "favores de Regata" (*Boat-Race favours* en el original) con vueltas de lana. En su quinta acepción, el DRAE contempla el siguiente significado del término favor: "Cinta, flor u otra cosa semejante dada por una dama a un caballero, y que en las fiestas públicas llevaba este en el sombrero o en el brazo". En nuestro caso, tal como se desprende de un fragmento anterior del relato, dicho favor se refiere a "una golondrina o un águila de felpa —o puede que otro pájaro— de ese azul virulento pero no comprometido que ni es Oxford ni es Cambridge"

Creo que sería capaz de repetir la mayor parte de su discurso casi palabra por palabra —está casi todo impreso en el folleto que llevo estudiando desde entonces. También puedo reproducir su pronunciación y su acento bastante bien, pero por desgracia ni sus maneras ni su ejecución. Pásame el whisky —y el sifón, por favor— antes de empezar. No he hablado tanto desde que enfermé. Mejor así.

Pues bien, esto es lo esencial de lo que dijo:

"Damas y caballeros, no les entretendré demasiado. Antes de dar paso al siguiente punto del programa deseo, como representante de productores del Sindicato Stegomeyer P. Fiske Life-Repro de la Ciudad de Nueva York, darles a conocer, con estas breves palabras introductorias, un par de cosas. Las películas que exhibiremos a continuación son las producciones del laboratorio de dicha firma, y constituirán —me atrevería a decir— una gran novedad para ustedes. De hecho, como nunca antes han sido exhibidas en público, podría decirse que esta presentación es un ensayo general. Si fueran películas corrientes no habría excusa para que yo les robase su inestimable tiempo, pero, damas y caballeros, la mayoría son películas extraordinarias, y es en relación con algunas observaciones concretas de su naturaleza extraordinaria que procuraré despertar su generosa atención.

"En primer lugar, las producciones del Sindicato Life-Repro son todas de carácter científico e instructivo. Son, también, el último grito de la fotografía en color en su forma más perfecta, y presentan los objetos con sus auténticos colores naturales. De la manera en que van a ser proyectados en este auditorio —más bien diría salón— esta tarde, los objetos mostrados se verán amplificados entre seis y cuarenta diámetros. En lo que respecta al efecto óptico, afirmamos que nuestras películas son superiores a todas las producidas hasta la fecha en definición, en *chiaroscuro*" —más bien se cayó del caballo con esa palabra—, "en los valores y la verdad absoluta del tinte, y en la ausencia total de parpadeo. En lo que concierne a su buen funcionamiento, diría que nuestras películas guardan la misma relación con cualquier otra cosa que ustedes puedan haber visto hasta la fecha que la que guarda el goteo de una botella de cúmel con el chorro de un dispensador de soda, o una vuelta en automóvil por Bernd Street o Northumberland Avenue con ir montado en un carruaje[4] por un camino de troncos. He aquí lo que aportamos en relación con un sentido —el de la vista. No obstante, junto con este sentido nos ocupamos, como muchos inventores han intentado hacer con mayor o menor éxito, del sentido del oído. Por medio de nuestro intensificador de señal automático, registrador, grabador, sincrónico, micro-mega-audiofónico, patentado en dieciséis países diferentes, somos capaces de ofrecerles, al par que un regalo para la vista, una reproducción exacta de los sonidos o ruidos más apropiados para el objeto que están viendo. Con nuestro equipo el registro es perfecto, el sonido grabado se sincroniza completamente con la imagen grabada y no hay lucha o competición alguna entre las presentaciones acústica y óptica.

---

[4] "Spider" (araña) en el original. Hace referencia a un tipo de carruaje ligero de finales del siglo XIX con cuatro plazas, ruedas altas y carrocería descubierta, que lo hacían asemejarse a una araña

“No hay ruido ocasional que los pueda distraer, pues nuestra maquinaria es tan silenciosa como una mofeta deslizándose sobre terciopelo, en tanto que el sonido que incide en el tímpano es amplificado o disminuido en volumen e intensidad en precisamente la misma proporción que la imagen proyectada en la retina. De ese modo, si ustedes vieran en la imagen un ratón de medio metro de largo —es decir, amplificado unas doce veces— lo oirían chillar doce veces más fuerte que como lo haría el pequeño roedor si estuviese corriendo la maratón alrededor del zócalo del mejor de sus salones. Estos son los dos sentidos de los que nos ocupamos. Pero, ¿estamos satisfechos? ¡No! También apelamos a un tercer sentido —¡el del olfato!”

Hizo una pausa por un instante, como si fuese consciente de que esta declaración traería consigo un efecto. Hubo algo de movimiento y murmullo entre los adultos de la audiencia.

“Hablo en serio, damas y caballeros. No pretendo ser jocoso con ustedes. ¡No estoy diciendo otra cosa que la pura verdad! ¡Ya lo verán, ya lo oirán, ya lo olerán! Por medio de nuestro ‘oledor’ —patentado también en dieciséis países— el aroma natural de lo que hubiera en pantalla, convenientemente intensificado, le será llevado junto con las imágenes. No hay motivo de alarma, señoras. No puede haber peligro de infección, pues no es este un caso de reproducción —se trata de un asunto de imitación. Los auténticos olores no son capturados, enlatados y liberados. Solamente son imitados con inteligencia. Se trata de un nuevo triunfo, el más reciente, alcanzado por la ciencia de la química sintética. Puedo prometerles que los olores que percibirán serán inofensivos, pero no puedo garantizarles que sean todos agradables. Hemos de recordar que nuestro afán es reproducir la Naturaleza de manera tan realista como sea posible. La Naturaleza, damas y caballeros, es maravillosa, curiosa, interesante, fascinante, cruel, incluso brutal, pero casi nunca agradable.”

Volvió a hacer una pausa para beber un sorbo de agua y limpiar sus anteojos. Y lo más extraordinario es que la audiencia, que no había entendido ni la quinta parte de lo dicho, permaneció en silencio, atenta y expectante. Gracias a su actitud o magnetismo personal —o como quiera llamársele— el hombre había conseguido fascinar a toda una muchedumbre de gente desconocida y en su mayor parte maleducada. Amén de que la gran mayoría de sus oyentes no lo entendieran, lo que había dicho podría haber sido pronunciado por cualquier escritor “publicitario” inteligente.

Era la personalidad de aquel hombre la que triunfaba. Pude incluso sentir su influencia. En apariencia imperturbable, habló pausadamente y con mucha claridad. Ni que decir tiene, su nacionalidad se reveló obvia desde que pronunció las primeras palabras, si bien el deje era casi imperceptible. Las curiosas pausas con que enfatizaba sus frases, incluso sus palabras, solo contribuían a aumentar la capacidad de impresión de su forma de hablar. No soy partidario de tu “hombres fuertes y silenciosos”, pero cuando este individuo de mandíbula cuadrada, cuello corto y robusto y ojos saltones hablaba, parecía la personificación del saber y la fuerza bruta. Yo lo imaginaba como un inquisidor, un vivisector. Sus anteojos eran de una gran capacidad de aumento, y sus ojos, amenazando enormes tras de

ellos, parecían irresistibles y malévolos. Cuando las lentes atrapaban y reflejaban la luz en una llamarada —vamos, las charlas sobre espejos giratorios de Charcot en la Salpétrière[5]—, ¡el efecto era hipnótico! Aunque mucho de lo que dijo —especialmente la tontería del "oledor"— por lo general me habría hecho reír, no fue exactamente diversión lo que experimenté entonces. Quería oír —y ver— más.

Hasta el traganueces se abstuvo de comer y se removió nerviosamente en su asiento. ¿Qué podría él haber entendido? La mordaz señora no dejaba de tocarse la melena y de refunfuñar, "¡no me lo puedo creer! ¿qué vendrá ahora?" Ni queriendo podría ella haber expresado mejor el que era mi propio sentimiento. El hombre devolvió su pañuelo al bolsillo y continuó hablando.

"Ahora depende de mí demostrarles mis palabras, damas y caballeros, y espero poder hacerlo en un momento. Pero primero quiero explicar nuestro título 'Life–Repro'. Como digo, en lo referente a cuatro de los sentidos hemos resuelto el problema de la representación de la vida —vista, oído, olfato y gusto; incluyo este último por estar tan íntimamente ligado al olfato. Pero hay un sentido —el del tacto— que permanece sin resolver. Y ahora, dejando de lado los hechos consumados y adentrándonos en el terreno de la anticipación" —su tono se volvió ahora más impactante— "deseo señalar que el objetivo actual del Sindicato Stegomeyer P. Fiske es rellenar ese hueco recurriendo a la inteligencia y la sensibilidad humanas, y ocuparse del sentido del tacto. Aún no lo hemos conseguido, y no es necesario recordarles lo que implicaría ese estado de perfección, más allá del hecho de que requeriría un tratamiento en tres dimensiones y no solo en dos. Aunque aún no disponemos de él, hay en la actualidad, en cierto laboratorio de la isla de Manhattan —en la otra orilla— un buen número de mentes de las más brillantes del momento trabajando día y noche para llegar a una solución. Tienen a su servicio todos los recursos de la ciencia y tras ellos tienen el respaldo de un capital ilimitado. Se están invirtiendo millones de dólares, y más que hay a su disposición si fuese necesario. ¡Es un gran proyecto!

"Nunca se sabe cuándo se llevará a cabo un descubrimiento que marque una época. Es en buena medida una cuestión de suerte. Dadas las condiciones favorables, podemos tropezar con él en cualquier momento gracias a un afortunado accidente."

Mientras se refería brevemente a la financiación, las manos regordetas del hombre revoloteaban lentamente a la altura de sus hombros como peces planos nadando hacia la superficie del agua en un acuario. Por lo pronto se rompió el hechizo. Casi parecía estar persuadiéndonos para comprar algo "tirado de precio". Continuó, en un tono más coloquial:

"Esta noche presentamos solamente una película —un estudio de historia natural que describe un combate a vida o muerte entre dos insectos —una mantis religiosa y un escorpión. La mantis no es, como cabría pensar a raíz de su nombre

---

[5] Jean-Martin Charcot (1825-1893) fue un neurólogo francés, fundador de la escuela de neurología del hospital parisino de la Salpêtrière donde también impartía clases. La técnica de los espejos giratorios citada en el texto se empleaba en el ámbito del hipnotismo, una de las líneas de investigación más célebres de Charcot en su aplicación a la cura de las enfermedades nerviosas

popular, un animal benevolente. Es la criatura más feroz que la ciencia conoce, y en justicia podría llamarse el 'matón' del mundo de los insectos. Combate por placer y mata por el deseo de matar. Sin colmillos ni aguijones venenosos, asesina a sus víctimas aplastándolas hasta matarlas con sus enormes y picudas patas delanteras. El espécimen cuyas acciones podrán analizar fue obtenido en los bosques de caoba de Honduras, donde estos insectos alcanzan un tamaño inmenso. Es una hembra, lo que representa, en el caso exclusivo de este insecto, señoras, el sexo más feroz. El escorpión contra el que lucha fue capturado por los árabes en el desierto de Sokoto. Es bien sabido que el veneno de escorpión produce el dolor más intenso del mundo. Esta variedad africana ha causado, en varias ocasiones contrastadas, la muerte de seres humanos.

"No lo descubriré todo contándoles quién gana la batalla. Pueden —como se dice por aquí— esperar y verlo. Pero quiero que observen una peculiaridad de ambos insectos —mientras no haya ningún movimiento que atraiga su atención son indolentes y pasivos; sin embargo, tan pronto como uno se mueve es como si tropezase con un cable de corriente y recibiese una buena descarga. Por lo que, a menos que consiguiera esquivarlo con agilidad, ¡es pan comido para Eustaquio[6]!"

El instinto deportivo del orador era evidentemente lo mejor de él —¡sus últimas palabras parecían incidir en ello! Con una reverencia bajó de la tribuna y apagó las luces, y el siguiente anuncio saltó inmediatamente a la pantalla con letras de un color amarillo intenso:

"MANTIS RELIGIOSA[7] v. ESCORPIÓN NEGRO:
"Una tragedia del mundo salvaje.
"I. —*Reconocimiento*."

Le siguió una imagen maravillosamente coloreada de una franja de tierra y roca a cuya derecha había depositadas algunas ramas secas. Bajo un sol tan radiante el resplandor de esta tierra de colores sobrios resultaba casi cegador, si bien las sombras de las ramas lo atravesaban formando tiras de negrura. El hombre no había dicho otra cosa que la verdad sobre sus "producciones". Tan solo un mínimo temblor avisaba del arrastre de la película; y, en contraste con el traqueteo anterior, el mecanismo de proyección funcionaba sin apenas un zumbido. Era realmente extraordinario. Sin embargo, por unos instantes no percibí el menor indicio de vida. Entonces descubrí entre las rocas de la izquierda la forma de un escorpión. Tenía un color muy parecido al del entorno y se aferraba al terreno con la cola extendida, tan plano que no había sombra capaz de revelar su posición. Por todas partes oía susurros: "No puedo ver nada. ¿Dónde están?" "Allí, junto a las rocas." "Es la mantis, ¿no?" "No, el escorpión." "¿No era negro?" También se oían ruidos amortiguados de repugnancia y muchos alaridos procedentes de la porción femenina de la audiencia.

Cuando los comentarios se volvieron más estridentes el productor, que

---

6 Dado el contexto, es probable que la referencia corresponda a Eustaquio de Roma, santo patrón de los cazadores

7 En español en el original

permanecía de pie junto a la puerta en un lateral del escenario, intervino:

"Damas y caballeros, por favor, no hablen ni hagan ruido o no podrán oír a los insectos, y se perderán una gran parte de la ilusión."

El murmullo cesó; pero había ligeros movimientos y crujidos que me parecían nacidos del horror y la repulsión, y estaba convencido de que muchas de las chicas estaban intentando acurrucarse al pie sus asientos. Me compadecí. Detesto los animales que se arrastran. Durante un tiempo nada sucedió. El escorpión permanecía inmóvil tomando el sol entre el polvo y las rocas, como engrandecido, a unos tres metros de distancia de las ramas. De repente movió una pata o se retorció, pues vi deslizarse un guijarro y lo oí repiquetear. En ese momento una de las ramas más gruesas se desprendió del resto y apareció a medio metro del escorpión. Digo "apareció" porque su movimiento a través del espacio que los separaba fue demasiado rápido como para seguirlo. Lo que un momento antes era una más de las ramas, ahora estaba medio erguida haciendo frente al escorpión con sus brazos o patas delanteras dobladas delante de él.

Entonces entendí el significado de "mantis religiosa". Era de color verde amarronado y su aspecto era tan benigno, por no decir devoto, que era difícil creer lo que el conferenciante había dicho acerca de su auténtico carácter. En efecto, a diferencia de su enemigo la mantis en realidad despertaba simpatía; sugería un temperamento benigno, cuando no ingenuo. De ser pasivamente repulsivo, el escorpión se había convertido en la encarnación de la malicia venenosa. Transmitía la desagradable impresión de una monstruosidad o una malformación, y aun así no era fácil explicar exactamente a qué se debía. El crimen estaba claramente expresado en cada línea de su cuerpo, en la curva de su cola, en la amplitud de sus pinzas semiabiertas. Era auténticamente horrible, hasta el punto que un niño que ocupaba uno de los asientos delanteros se lamentaba: "Llévatelo, mami; no me gusta."

No sé si realmente era así o si mi imaginación me engañaba, pero en ese instante pareció como si un destello de luz envolviera a los dos insectos, que habían girado sus cabezas hacia los ocupantes de la sala. Si fue esto lo que sucedió en realidad, duró una fracción de segundo; pero yo estaba demasiado asustado para admitirlo, y me froté los ojos. También advertí que un olor a humedad había sustituido a la variedad de olores que impregnaban la sala. Era ligero, pero sin lugar a dudas desagradable. Cuando acabó la película, unos momentos después, con ambos insectos aún a la vista, tenues suspiros de alivio surgieron de todos los rincones de la sala. El traganueces murmuró "Tiempo," haciendo un esfuerzo por ser jocoso; pero hasta su tono sonó falso. Una o dos mujeres precavidas se llevaron a sus hijos de la sala.

Antes de que nos fuese anunciada la siguiente escena resonó otra vez la voz del presentador: "Hasta ahora la cámara ha estado situada a cierta distancia de los insectos, cuyo olor peculiar no ha sido muy acentuado. Ahora podrán ver a los combatientes mucho más de cerca y captar el verdadero valor del oledor."

En la escena dos, llamada "Contacto", los insectos se habían aproximado mucho el uno al otro y estaban sumamente amplificados. A ojo diría que cada uno de ellos medía alrededor de dos metros de largo. La mantis estaba ahora erguida

sobre sus cuatro delgadas patas traseras, con el extremo de su cuerpo hecho un ovillo, mientras que sus dos enormes patas delanteras, dentadas, o más bien provistas de largos pinchos, estaban estiradas hacia el frente por encima de su cabeza**.** Aunque sonase ridículo, era tan aterradora como podría serlo cualquiera de los absurdos monstruos que pueblan las pesadillas. Su cabeza triangular, plana e inadecuada para tan largo cuello estaba provista de dos grandes ojos prominentes situados en los vértices superiores y, vistas de cerca, estas esferas opacas podían considerarse envueltas en un pomposo aunque siniestro resplandor de estúpida ferocidad. Había más de una insinuación del "lobo con piel de cordero" en su expresión. Más arriba, dos delgadas antenas ondeaban temblorosas. No había elegancia animal en la actitud de la bestia. Recordaba la torpeza de ángulos de una viga, de la maquinaria agrícola o de un banco de hierro para el jardín.

A menos de sesenta centímetros de su cara —en la imagen— estaba el despiadado aguijón del escorpión pendiendo sobre su cabeza y listo para atacar, como una calabaza semitransparente con el tallo apuntando al frente. Estaba temblando de furia y sus gigantescas pinzas abiertas de par en par. Entonces pude percibir qué era lo que confería a esta bestia ese aire de extravagancia morbosa. Estaba deformada. Su cuerpo no acababa en una cabeza y una cara decentes como las de una langosta, tal como cualquiera habría esperado; acababa al nivel de los hombros, como si hubiera sido aserrado. Y a lo largo de este extremo aserrado brillaban los ojos —un montón de ojos, puede que seis u ocho —sin que hubiera dos de ellos que mirasen en la misma dirección. Este bizqueo múltiple y complejo era doloroso, e hizo que me llorasen los ojos en solidaridad. Un sentimiento de náusea me invadió, incrementado por el hedor que ahora impregnaba el aire. No puedo describírtelo. Me recordaba a cucarachas, una jaula de hienas y gasóleo. Entre el olor y el calor comencé a sentirme algo mareado y somnoliento.

Hasta ahora no se había producido movimiento alguno entre los combatientes, y el único sonido era el de las exclamaciones del público hipnotizado y semiasfixiado.

De repente el escorpión dio un salto, atrapó con su pinza una de las patas traseras de su enemigo y lanzó su aguijón hacia delante. A la velocidad del pensamiento la mantis lo esquivó y juntó sus dos muslos en un intento por atrapar a su enemigo. Pero era demasiado tarde; el escorpión había retrocedido y estaba fuera de su alcance. Mientras las patas de las bestias se revolvían entre las rocas —del tamaño aproximado de mi cabeza— un sonido llegaba como de hombres forcejeando en una playa de grandes guijarros.

Pese a lo desagradable del espectáculo era verdaderamente emocionante, y no podía quitar mis ojos de encima a esos monstruosos animales. Ahora estaban observándose nuevamente. Llevaban tanto tiempo inmóviles que me preguntaba si se habrían dormido, cuando la ausencia de temblor en la imagen me hizo advertir que la película no estaba avanzando. Entonces oí en la parte trasera de la sala el golpeteo de algún instrumento sobre el metal y llegué a la conclusión de que una de las bobinas debía haberse atascado, o bien que algo había ido mal con el

mecanismo de proyección. Pero de algún modo tenía la sensación de que, a pesar de que la película estuviese parada, había una curiosa florescencia brillante sobre el contorno de los insectos. Puede que la atmósfera me estuviese afectando. La audiencia se inquietó un poco y empezó a susurrar y a moverse nerviosamente. El traganueces exclamó "¡Tiempo, Archibald! ¡Toque el silbato, árbitro!" y comenzó otra vez a comer nueces. Un bebé lloró delante. No sé si se trataba del mismo que se había quejado anteriormente. La mujer que lo acompañaba comenzó a moverlo arriba y abajo.

¡Entonces ocurrió!

El destello que rodeaba a los monstruos se convirtió repentinamente en un halo multicolor bien definido, y con un chasquido cada insecto giró deliberadamente su cabeza hacia donde estaban la mujer y el niño. Antes de que pudiéramos darnos cuenta estaban fuera de la imagen, trepando por el pequeño foso donde la orquesta había estado tocando previamente. Oí cómo unas patas óseas arañaban la lustrosa tapa del piano y un gran *arpegio* disonante golpeaba las notas graves. Fue todo tan rápido que no estoy seguro del orden en que sucedieron las cosas. Una especie de gemido colectivo se desprendió de la audiencia, si bien, paralizados por lo inesperado del asunto, nadie se movió. Las bestias treparon sobre la pared divisoria y, mientras la mantis corría como un rayo por la pasarela hacia la parte trasera de la sala, el escorpión se lanzaba sobre la mujer con el bebé. En la oscuridad no pude ver lo que hizo, pero alaridos de agonía mortal ahogaron de inmediato los débiles gritos del niño. Entonces se desató el pánico y todo el mundo se levantó. La situación era desesperada, pues la mantis cubría una entrada y el escorpión guardaba la otra. Solo pude ver cómo la bestia atrapaba a alguien de la primera fila que intentaba retroceder, a lo que siguieron más gritos horribles. Ignoro lo que habría sucedido en la oscuridad, pero a cada momento se oían gritos del americano, quien demostró ser un hombre valiente:

"¡Dios mío! Ha sucedido. No te muevas. Es tu única oportunidad."

Entonces se dirigió a un interruptor cercano y encendió la luz. Al hacerlo llamó la atención del escorpión, que se precipitó sobre él. El hombre solo tuvo tiempo de correr hacia la pequeña entrada situada junto al escenario y cerrar la puerta en la cara de la bestia. Su gran pinza, que no lo alcanzó por quince centímetros, desprendió el picaporte metálico y lo machacó como papel de plomo. Entonces se giró y encaró la puerta, esperando a que alguien más se moviera. Para entonces los gritos de la mujer, el bebé y la otra víctima, que yacían rígidos, se habían extinguido. Cuando uno lo piensa, la velocidad a la que el veneno había actuado no había sido tan increíble después de todo. Me atrevería a decir que casi un cuarto de litro de veneno había sido inyectado en las venas de cada persona. El resto de los presentes ya habíamos aprendido la lección y permanecimos inmóviles, silenciosos, sin apenas atrevernos a respirar. Lo que la mantis estaba haciendo detrás lo ignoro. No me atreví a mirar.

Este horrible suspense pareció durar mucho tiempo. Otras dos mujeres se pusieron histéricas a causa de la tensión acumulada. Se reían nerviosamente, se movían, llamaban la atención, al momento fueron atrapadas y picadas y murieron

entre convulsiones —a la luz de los focos eléctricos— delante mismo de nuestros ojos. Algunos chillidos esporádicos procedentes del extremo superior de la sala mostraban que la mantis no estaba ociosa. Me preguntaba cuánto tiempo más continuaríamos atrapados en ese horrible callejón sin salida. ¿Regresarían las criaturas a la pantalla si se reanudaba el movimiento de la película? Dejé de oír el martilleo procedente del proyector, a pesar de lo cual recé para que el mecanismo pudiera repararse rápidamente. Recé también para que el americano hubiera salido en busca de ayuda y regresara en breve con la policía, el ejército o incluso con los bomberos. Me preguntaba si la presión del agua de la boca de incendios sería suficiente para hacer frente a estos monstruos.

Después le tocó al traganueces rendir cuentas al destino. Igual que el resto de nosotros él permanecía quieto y silencioso, respirando con dificultad; ni siquiera llegó a comerse la nuez que se había llevado a la boca. Pero el pobre diablo quedó atrapado en su propia trampa al pisar con uno de sus pies una cáscara de nuez. Bastó con eso; el escorpión se abalanzó sobre él como un tigre. El modo en que el joven enfrentó esta crisis vital fue digno de compasión. No opuso una resistencia apreciable. No aceptó su destino en medio de un digno silencio ni manchó tan especial ocasión con exclamaciones desesperadas. Se limitó a poner las manos sobre la cabeza como un niño pequeño a punto de ser esposado y aulló inútilmente ante el despiadado monstruo: "¡Quieto! ¡Quieto ahí!"

El escorpión agarró sus brazos con las pinzas y le picó dos veces en la parte derecha del cuello, cerca de la yugular. Vi la curva del aguijón introducirse en la carne justo por encima del pañuelo de seda y luego salir cubierta entera de sangre. El joven aullaba en su agonía y se retorcía; su cuello creció, se hinchó y se volvió brillante; su rictus se endureció y su cabeza se desplomó hacia delante.

La anodina señora debió haberse arrojado al suelo antes que esto sucediese. No había señal de ella asomando sobre el respaldo de su asiento; y yo era la persona más cercana al escorpión, que aún se aferraba al cuerpo del traganueces y volteaba sus ojos sucesivamente alrededor de la sala. Débil y enfermo como me sentía, un deseo de venganza se apoderó de mí y superó a todas las otras emociones. Noté algo parecido a la pata puntiaguda de una mesa de caoba entre el "alerón" de felpa roja del asiento que había delante de mí y su respaldo. ¡Era una de las patas del animal! Me alcanzó una inspiración. Sacrificándome yo quizá pudiese salvar a la mitad de las mujeres y los niños. La mantis sola no podía guardar las dos puertas. A su vez, si no hacía nada todos moriríamos —yo el primero.

Haciendo acopio de valor me agarré al asiento**,** planté firmemente el pie sobre la pata del escorpión y la presioné con todas mis fuerzas contra el borde del asiento. Sentí cómo la suave y resplandeciente pata se hundía en la felpa, y por un instante pensé que no tenía dónde sujetarme —que iba a escurrirse. ¡Menos mal que llevaba mis zapatos de golf con clavos! La pata se movía ligeramente bajo mi pie cuando la sentí chirriar al desplazarse bajo los clavos, que se hincaron en la carne, o en el cuerno, o en lo que quiera que fuese. ¡La tenía sujeta! Entonces exclamé: "¡Que todo el mundo salga por la puerta delantera —rápido!"

Oí una especie de escaramuza a mi alrededor. Imagino que la gente de la

zona delantera intentaba escapar antes que la mantis la alcanzase; pero no sé qué ocurrió. Yo estaba ocupado con mis propios asuntos. Tirando de su pata y retorciéndola, el escorpión se despatarró sobre el cuerpo de los jóvenes muertos y atrapó mi brazo izquierdo con una de sus pinzas. Era doloroso, pero mis pensamientos y mi energía estaban tan concentrados en mantener la presión de mi pierna que apenas lo noté. Mientras el animal se estiraba intentó alcanzarme con su aguijón. Al no poder, hizo inmensos esfuerzos por tenerme más cerca; pero afortunadamente yo tenía el brazo izquierdo entrelazado con el brazo del asiento. La tensión era espantosa y el sudor chorreaba por mi frente. Ni que decir tiene que me encontraba en un estado deplorable. Mientras luchábamos mi única plegaria era que mi pie no resbalara; que la pata del escorpión no se desgarrara o se saliera de su sitio; que el asiento no se rompiera.

Delante, y bastante cerca de mí, estaba ese indescriptible remedo de cabeza, y el aliento de la bestia —tan apestoso como el de un cocodrilo— me vino a la cara en ráfagas calientes y fétidas. Pero lo que más me fascinaba era el aguijón. Como una gigantesca gominola amarilla se estremeció a menos de treinta centímetros de mi cuello, su punta goteando veneno y embadurnada de sangre por lo menos siete centímetros. En el conducto central pude ver el veneno con tanta claridad como veo la nicotina en la boquilla de ámbar de esta pipa. Mientras la bestia se esforzaba por alcanzarme yo sentía la tensión en su pata y veía cómo el veneno palpitaba arriba y abajo como baila el agua en un vaso de nivel. Al tener libre el brazo derecho, arremetí con mi paraguas contra sus ojos bizcos. Creo que debí sacarle dos o tres. En cualquier caso, rompí el caparazón de la criatura. Se hizo añicos como el de un cangrejo y rezumó una horrorosa sustancia espesa. Mientras yo hundía el paraguas para ensanchar la herida, la bestia parecía sentir el dolor. Gimió, le tembló todo el cuerpo, se aferró con más intensidad a mi brazo izquierdo y recibí su picadura a quince centímetros de la garganta. Me aplastó el brazo hasta que casi grité.

*****

“¡Vamos, señor! ¿A qué está jugando? No podemos permitirnos este escándalo aquí.”

Uno de los encargados estaba sacudiéndome el brazo; las luces estaban encendidas; el piano y el armonio mantenían su pugna habitual; ¡y no había ningún escorpión! Me froté los ojos. La arisca señora, despojada ahora del sombrero, me observaba por encima del hombro con gran antipatía.

“No sé qué pretende el caballero. Me quité el sombrero después del primer puntapié —por si fuese mi sombrero *matinée* el causante de sus males.”

“¿Adónde ha ido? Quiero decir, ¿qué sucede?” resoplé.

“Bueno, que lleva usted diez minutos durmiendo y ocasionando un gran

trastorno. Eso no está bien, ¿sabe? —no en esta sala."

Sudando, aturdido y tembloroso, me llevé la mano al bolsillo para sacar mi reloj.

Había desaparecido.

¡Igual que el traganueces!